

Es igualmente así que las tres primeras afirmaciones (el edén es, fue, todavía es) logran permanecer, sobreimponiéndose sin tocarse, alternándose con rapidez, jugando en el flujo del texto y proyectándose como una imagen global de bordes difusos pero llena de colorido en su centro.

## La doble oposición

El edén agrícola se constituye en cuanto tal gracias a una doble oposición: a Europa y a la ciudad. Ambas oposiciones tienen un eje político en torno al cual se anudan otros motivos.

En la «Alocución a la Poesía», Europa es el lugar

donde la coronada hidra amenaza  
traer de nuevo al pensamiento esclavo  
la antigua noche de barbarie y crimen;  
donde la libertad vano delirio,  
fe la servilidad, grandeza el fasto,  
la corrupción cultura se apellida.

La pompa igualmente europea «de dorados alcázares reales», con su «turba cortesana» tributando «el torpe incienso de servil linaje», contribuye a la pintura de una sociedad en decadencia, a la que debe dar la espalda la Poesía. Pero aunque Bello le ofrece, justo antes y después de esta descripción del estado de Europa, lo idílico de la naturaleza americana, si nos atenemos al mismo terreno de lo sociopolítico no es un edén en acto, sino en potencia el que puede brindar América a la Poesía: «¡Oh si ofrecieses menos fértil tema/ a bélicos cantares, patria mía!/ ¿Qué ciudad, qué campiña no ha inundado/ la sangre de tus hijos y la ibera?»; y «De luto está cubierta Venezuela». De luto pero de pie, y es esta misma lucha por la libertad la que constituye su grandeza: «Pero más bella y grande resplandeces/ en tu desolación, ¡oh patria de héroes!», y:

Pero la libertad, bajo los golpes  
que la ensangrientan, cada vez más brava,  
más indomable, nuevos cuellos yergue,  
que al despotismo harán soltar la clava.

Entonces, así como el arado cambiaba de signo al integrarse en el programa agrícola, las armas lo hacen también: el *hierro atroz* se convierte en *heroica lanza*, instrumento de la independencia. Sin embargo, el elogio se fija más en la desigualdad de los ejércitos, en lo *desarmado* —como la selva aquella— de los patriotas («pobre, inculta, desarmada plebe,/ excepto de valor, de todo escasa», o «a los defensores de la patria/ forzoso fue, para lidiar, las armas/ al enemigo arrebatarse lidiando») que en su poderío.

Porque esta etapa heroica no interesa por sí misma, sino por sus resultados, que el deseo adelanta —como también adelantaba *el fructífero plantío*: «Huid, huid días

de afán, días de luto/ y acelerad los tiempos que adivino». Tiempos que, en «La Agricultura de la Zona Tórrida», ya han llegado: «Y pues al fin te plugo,/ árbitro de la suerte soberano,/ que, suelto el cuello de extranjero yugo,/ irguiese al cielo el hombre americano,/ bendecida de ti se arraigue y medre/ su libertad.» Y de seguido: «En el más hondo encierra/ de los abismos la malvada guerra,/ y el miedo de la espada asoladora/ al suspicaz cultivador no arredre».

La espada vuelve a su círculo maldito. Queda el arado: «Ciudadano el soldado, deponga de la guerra la librea», y ya en la paz «enjámbrase el taller, hierve el cortijo/ y no basta la hoz a las espigas.»

Es, pues, el desarrollo del deseo, en lo imaginario, el que permite oponerse a Europa: no la fingida inocencia del edén original, sino la realización futura del edén agrícola, cuando el soldado se haya vuelto ciudadano —y el ciudadano, agricultor.

Esta es la segunda oposición que constituye al nuevo edén: contra la ciudad, que cristaliza todos los males, como un modelo a escala y cercanísimo de la Europa *cortesana, servil, corrupta, fastuosa, calculadora, sin libertad y culta*. En «el ciego tumulto» de «miseras ciudades» encontramos a su vez, pero ahora entre nosotros: «el lujo», «los vicios», «ilícitos amores» (prostitución y seducción), el «ruinoso juego», «la lisonja seductora», «la disipación y el galanteo», el «festín beodo» y la «liviana danza», fomentado todo esto desde la infancia misma.

Porque se trata de oponer, también, un programa educativo de libertad y agricultura a la disipación urbana —y noctámbula— en la que «al patriotismo la desidia enerva». Y aquí la argumentación pone en primer plano su naturaleza pedagógica, su preocupación fundamental por la juventud: es decir, otra vez, por el futuro en que ha de realizarse —si llega a hacerlo— el edén agrícola: «No allí con varoniles ejercicios/ se endurece el mancebo a la fatiga»; «crece/ en la materna escuela/ de la disipación y el galanteo/ la tierna virgen»; «¿Y será que se formen de ese modo/ los ánimos heroicos denodados/ que fundan y sustentan los estados?», «¿Sabrá con firme pulso/ de la severa ley regir el freno/ brillar en torno aceros homicidas/ en la dudosa lid verá sereno; o animoso hará frente al genio altivo/ del engreído mando en la tribuna,/ aquel que ya en la cuna/ durmió al arrullo del cantar lascivo,/ que riza el pelo, y se unge, y se atavía/ con femenil esmero,/ y en indolente ociosidad el día,/ o en criminal lujuria pasa entero?»

El maniqueísmo de la oposición América-Europa y campo-ciudad, que lleva al sereno Bello a adoptar un tono airado y profético; el exagerado moralismo que condena con adjetivos tajantes (*criminal lujuria*) y pone al mismo nivel de execración los elementos todos de lo que pudiera parecernos una fiesta cotidiana sumamente apetecible (y de aspecto edénico en su despliegue de amores, ocios y danzas: pero ya no hay edén, pero estamos *fuera del paraíso*, pero esta es su versión infernal, invertida, su reverso, su noche) se nos revelan mucho menos ingenuos de lo que cabría creer a primera vista. En verdad, no es nada ingenuo: si carga las tintas en su pintura de

costumbres es por una necesidad programática, de intención política: el «ocio pestilente ciudadano» es el enemigo mortal de la libertad: «¿Amáis la libertad? El campo habita».

De ahí la doble oposición que constituye negativamente al mito agrícola, recortando su brillo (futuro) contra el oscuro fondo (presente). Porque, en el poema mismo, la zona de la realidad la ocupa ese fondo, y es el edén agrícola el que llena el campo de lo imaginario, de lo posible, de lo deseado, vehiculado por las exhortaciones, por los verbos en imperativo, subjuntivo futuro, por la atractiva reseña.

## El poeta en el poema

Es también de esta manera como podríamos considerar la brusca y excepcional entrada de la primera persona en «La Agricultura de la Zona Tórrida». Y entonces, la irrupción del *yo* vendría a decir lo contrario de aquel *yo tomo distancia* a que nos había llevado la hipótesis de la «esquizofrenia» ante el choque del mito edénico y el mito agrícola. Es posible que ambas significaciones se toleren, cada una en su dominio propio: *yo tomo distancia* frente al arrasamiento inevitable de las selvas eternas; *yo me comprometo* en la proclamación del mito agrícola, porque es *mi* deseo el que lo sustenta.

En la «Alocución a la Poesía», la primera persona es un recurso irrelevante, una figura estilística de la más añeja retórica, que sirve —apenas— para subrayar la grandeza de lo cantado: «¿Y qué diré...?» «¿Diré...?», «¿Contaré...?», «¿O citaré...?», «Más no a mi débil voz», «Con reverencia ofrezco», etc. Su abundancia —una docena de veces— contrasta también con el único fragmento en que aparece en la otra silva.

Y aparece, justamente, al final de la reseña y antes de la última serie de exhortaciones. Es decir, en un momento clave de la espiral que forma el movimiento del poema, y que podríamos segmentar más o menos así:

- 1) Definición de la Zona Tórrida como círculo de luz.
- 2) Cornucopia de los dones de la tierra (caña de azúcar, piña, maíz, papa, yuca, etc., culminando con el banano).
- 3) Oposición entre el campo y la ciudad.
- 4) Alegato: «¿Amáis la libertad? El campo habita», seguido de su correspondiente cornucopia, que brinda ahora los dones existenciales (la libertad el primero, la calma, la paz, el aire puro, la salud, la vejez tardía, la hermosura sin afeites, el amor recatado, etc.).
- 5) Exhortación: «Cerrad, cerrad las hondas/ heridas de la guerra; el fértil suelo/ áspero ahora y bravo,/ al desacostumbrado yugo torne/ del arte humana y le tribute esclavo», tras lo cual viene una serie de subjuntivos: *recuerden* las aguas el camino del molino, *rompa* el hacha el bosque, abrigo *den* los valles a la caña, *consume* el fuego, etc.

- 6) El poeta en el poema, como una visión que ofrece en presente imaginario lo que acaba de ser dado como deseo de cara al futuro:

¿Es ciego error de ilusa fantasía?  
Ya dócil a tu voz, agricultura,  
nodriza de las gentes, la caterva  
servil armada va de oscuras hoces.  
Mírola ya que invade la espesura.

El *yo*, entonces, se adelanta para reforzar la «realidad» de la visión, para darle un carácter casi testimonial, y en el mismo movimiento en que se compromete (en ese sueño, en esa realización o materialización de lo imaginario) hace converger en el fragmento casi todo lo anteriormente puesto, como si la espiral se engrosara —se preñara— en una de sus curvas, apretándose y volviéndose a soltar ahora hecha resorte: aquí da a luz la fecunda zona, derramando de golpe su cornucopia, tras la presentización del hacha y el fuego recién invocados unos versos más arriba; aquí se ordena el campo; aquí se muestra la existencia cotidiana del agricultor que, pese a la fatiga, recibe en su frente la mano *alegre* de la esperanza, enjugándole el sudor. Aquí está todo, pues, o casi todo, ya que la ciudad ausente está también contenida en el triunfo del campo, y este triunfo ¿presupone la libertad o es la figura del colono quien la encarna?

Llevada la visión a feliz término, el *yo* se retira discretamente volviendo a replegar lo imaginario, y el poema retorna a la zona de lo real, en que el deseo se expresa como exhortación. A Dios, en primer término: «¡Buen Dios! no en vano sude (...) la gente agricultora» que ha sufrido tanto (Bello detalla a continuación las miserias de la guerra, la entonces actual —real— desolación de campos y *ciudades*). A los hombres, después:

honrad el campo, honrad la simple vida  
del labrador y su frugal llaneza.  
Así tendrán en vos perpetuamente  
la libertad morada,  
y freno la ambición, y la ley templo.

Y, no menos, se prolongará cotidianamente la hazaña de la lucha independentista.

## Del paisaje político al paisaje como política

Retomando el mito de América como edén, formulado por los europeos desde los primeros días del «descubrimiento», Bello se recupera y devuelve hecho programa político, alzado tanto frente a la misma Europa como ante los peligros internos de desviación entre los americanos. Así, los datos inmediatamente verificables por los sentidos (y que Bello exalta con una sensualidad explicable no sólo por la intención del canto, sino también por ese imaginario redoblado que implica el destierro) se trasponen en la elaboración mítica del edén. Edén que fue, en la inocencia original; que

es, en su esplendor ontológico; que es aún, tanto de cara a Europa como en sí mismo, por la recién ganada independencia y por la fertilidad de la tierra, suavidad del clima, etc.; que ya no es, pues las guerras han assolado América; que puede ser *si* la libertad se mantiene y *si* los hombres vuelven al campo, traduciendo en faenas agrícolas el ya innecesario y sobre todo indeseable brío bélico. Por aquí, el devaneo de las cinco afirmaciones simultáneas podría verse como el devanarse sucesivo de un ovillo ideológico que nunca dice su nombre ni confiesa serlo. Pero Bello ha escrito un poema —o dos—, no una tesis, y las afirmaciones no se articulan ordenadamente en una demostración, sino que van y vienen en el despliegue suntuoso en forma de espiral. Pero Bello ha escrito una tesis, en verso, y todo lo mostrado —la reseña— es para demostrar la necesidad de una vuelta al campo.

Es así que todo, en el paisaje de las silvas, resulta político: desde el *bosque enmarañado* hasta las *urnas de púrpura* del cacao, brillando bajo una luz que, no lo olvidemos, es también patriótica («De la Patria es la luz que miramos», escribe en «El himno de Colombia»). Y de este paisaje político se llega a una política del paisaje, cuyo programa parece reducirse a proponer el paisaje mismo como suficiente política, confiando en la agricultura cual si fuera una fórmula mágica, y remitiendo a la Roma republicana como modelo, pues ella: «Fio las riendas del estado/ a la mano robusta/ que tostó el sol y encalleció el arado».

Con lo que hemos salido de la profundidad del mito edénico sólo para acabar en la chatura del mito agrícola.

**Julio E. Miranda**

DICCIONARIO  
DE  
**CONSTRUCCION Y REGIMEN**  
DE LA  
**LENGUA CASTELLANA**

POR  
**R. J. CUERVO**

TOMO PRIMERO

**A-B**

NUEVA EDICIÓN  
ORDENADA POR EL GOBIERNO DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA



**INSTITUTO CARO Y CUERVO**  
**BOGOTÁ 1953**